

EL SÉPTIMO CÍRCULO

# ¡PÁNICO!

por  
BILL PRONZINI



Jack Lennox está en quiebra y huyendo de sí mismo y de la furia de su exmujer. Viaja en un ómnibus interdepartamental y cuando el conductor descubre que lleva un pasaje vencido, lo hace bajar en el Oasis de Del, una parada en medio de una gran área desértica del suroeste. A la mañana siguiente es testigo del asesinato a sangre fría de Perrins. Lennox consigue escapar. En medio de su huida, Lennox tropieza con Jane Hennesey, escritora de libros para niños. La convence de que lo lleve en su auto hasta el pueblito vecino de Cuenca Seco. No sabe que todo se ha convertido en una emboscada preparada por el fríamente metódico y mortífero dirigente del grupo asesino. La novela avanza inevitablemente hacia la confrontación de los 5 personajes principales de «Pánico». La culminación es brutal, a tono con los ásperos elementos naturales entre los cuales acontece.

*A Bruní, con amor, y  
a Barry N. Málzberg,  
dotado, sombrío, exasperante y,  
por sobre todo, amigo.*

# ¡PÁNICO!

Bill Pronzini

*¿De qué vale correr si estás en el camino equivocado?*

Proverbio alemán

# EL PRIMER DÍA...

## UNO

El desierto rodeaba al ómnibus en marcha como una visión terrestre del infierno.

El calor reverberaba en olas líquidas sobre la pulida cinta negra de la carretera, en gruesos pámpanos sobre las desolaciones que se extendían, hacia el este, sobre el horizonte, y al oeste hacia una baja extensión de colinas rojizas. El sol de mediodía, sobre un cielo de un azul cobalto chamuscado, era una ardiente bola amarillo-naranja suspendida de los alambres centelleantes. Nada se movía a través de las ventanas estriadas de tierra, salvo el calor; el único signo de vida era un ave carnicera, un punto negro que yacía inmóvil sobre algo muerto o moribundo en la lejana distancia.

Dentro del ómnibus, el aire tenía la misma calidad de horno, con olor a tierra, a sudor, a cuero resquebrajado, a orina, que provenía del defectuoso excusado 11 no había en el fondo. No estaba colmado. Sólo cinco personas viajaban en él, además del conductor: dos señoras ancianas y silenciosas, cuya piel había sido desecada y curtida por veinte mil exposiciones al sol del desierto que estaba afuera; un hombre gordo que dormía, roncando suavemente; una chica joven y feúcha que se sentaba con las piernas separadas porque el calor había irritado el interior de sus muslos; y, completamente al fondo del lado del conductor, un hombre delgado, de ojos cavernosos, inclinado en su asiento contra la ventana, respirando por la boca, que no pensaba en nada.

El nombre del hombre de los ojos hundidos era Jack Lennox y tenía pelo largo y desprolijo que caía sin vida sobre una frente alta y ascética, se enrulaba sobre las orejas grandes y aplastadas y drapeaba parcialmente el cuello de una camisa azul, deformada y manchada de sudor, que había costado doce dólares cuando nueva, dos años atrás. Había profundos surcos sombreados, burilados, en los antes tersamente modelados planos de su cara, y un brillo de decadencia en la antes afluyente salubridad de una clara piel olivácea. Sus ojos, hundidos tras espesas cejas rectas, eran como lamparillas verdes de Navidad, quemadas mucho tiempo atrás, con sus córneas teñidas de un tono amarillento que les daba una calidad de crema agriada. Tenía treinta y tres años de edad, y era un hombre muy muy viejo.

Mientras estaba sentado contemplando la árida desolación que corría, dejada atrás, afuera, buscó con gesto automático el bolsillo de su camisa, tocando solamente la raída tela y nada más. Había fumado su último cigarrillo dos horas antes. Bajó las manos de dedos finos, con descuidadas uñas como negras medias lunas, y frotó su parte lisa hacia atrás y hacia adelante sobre el tejido áspero de los pantalones de pana; entonces, lentamente, sin volver la cabeza de la ventana, levantó sus manos limpiando en seco su cara, raspándose ligeramente las palmas con la crecida barba de cuatro días.

Me pregunto qué hora es, pensó entonces. Me pregunto qué día es. Me pregunto dónde estamos. Pero ninguna de aquellas cosas le importaba realmente, y los pensamientos interrogantes eran pensamientos retóricos, que no requerían respuestas. Dejó nuevamente de pensar.

Afuera, en la distancia temblorosa, había aparecido una segunda cinta negra, curvándose hacia el lado opuesto de la carretera principal interestatal a través de afloramientos de piedras de lava, cuencas secas, una superficie rocosa e irregular de tierra recubierta espesamente con arbustos de creosota y mezquite, tunas puerco espín y ocotillo, cactus



saguaros gigantes como solitarios suplicantes en un místico campo de batalla. Un momento después pudo ver la intersección de la ruta departamental y la principal. Una gran señal sostenida en un poste se erguía allí, con una flecha indicando la dirección este; bajo ella:

cuenca seco 16

kehoe city 34

Dejaron atrás la señal, y el desierto quedó, una vez más, ininterrumpido, tan sin edad como el tiempo mismo, tan enigmático como la Esfinge. Lennox apartó su mirada de la ventana, entonces, y se inclinó ligeramente hacia adelante, entrelazando estrechamente sus manos en actitud de implorante plegaria y apretando bajo el centro de sus costillas el nudo que formaban. El dolor que había empezado de nuevo allí era alternadamente sordo y agudo, y él se balanceaba débilmente contra el rígido acoplamiento de sus dedos, sus ojos apretándose hasta cerrarse, esperando que aquella agonía bajara su marea y cediera. Sabía que aquello iba a suceder porque había experimentado hambre profunda durante los últimos nueve meses, y el dolor venía y se iba aproximadamente del mismo modo cada vez. Hacía ya casi dos días que no había comido nada sustancioso, quince horas desde las tres barras de chocolate que había comprado con sus últimos veinticinco centavos en la estación de los ómnibus, aquella misma estación en la cual había ido al baño, la estación de ómnibus en —¿qué ciudad?, ¿qué importaba aquello?— la estación de ómnibus en la cual había conseguido el boleto...

No.

No quería pensar en cómo había conseguido el boleto.

Jesús mío. No quería pensar en aquello, pero el viejo —podía verlo vívidamente en su mente— el viejo parado allí frente al mingitorio, pobre viejo con su bastón, levantando

el cierre de su bragueta con dedos nudosos, artríticos, y el rectángulo de cartón cayendo de su bolsillo deformado sobre el suelo, el viejo que no lo había visto y se había ido — y entonces él adelantándose, recogiendo el rectángulo, de ida para un lugar lejano y él quería irse de nuevo, irse de aquella ciudad, alejarse del polaco y de las cosas que el polaco le había hecho hacer, cosas como rallar el pan duro y agregarlo a las hamburguesas crudas para hacerlas durar más, cosas como raspar los restos que había en los platos de los clientes que acababan de irse y echarlos de nuevo en las ollas, cosas que le daban náuseas y lo asqueaban.

Y entonces el viejo volviendo, al parecer afligido, con aspecto perdido, dando con su bastón en el suelo de baldosas, dando, dando, y viendo a Lennox allí con el boleto en su propio bolsillo, ahora, escondiéndolo allí.

—Perdí mi boleto —decía el viejo—. Lo perdí en alguna parte; se me debe de haber caído del bolsillo. ¿No lo ha visto, hijo? ¿No ha visto mi boleto?

—No —había contestado—, no, no vi ningún boleto.

—Tengo que ir a lo de mi hija, tengo que encontrar ese boleto —decía el viejo—. Me mandó el dinero. Yo no tengo dinero. ¿Cómo puedo ir a lo de mi hija ahora?

—No sé, viejo. Déjeme pasar.

—¿Qué hago sin mi boleto? ¿Qué hago con mi hija? — se suplicaba el viejo a sí mismo, guiñando los ojos llenos de lágrimas plateadas, y él se había ido rápidamente, dejando allí al viejo con los ojos llenos de lágrimas y aquella mirada perdida en la cara arrugada; se había ido rápidamente de allí con el boleto que le quemaba el bolsillo...

El dolor desapareció.

Cedió, se borró en la calma, y Lennox se sintió capaz de sentarse derecho nuevamente. Sólo se frotó la cara para enjugar el sudor, dejando de nuevo su mente en blanco, arrojando afuera la imagen del viejo, y recostándose en el respaldo; aspiró aliento a través de sus dientes recubiertos

por una película amarillenta, y el fétido aire estancado quemaba como azufre sus pulmones.

Había un sonido zumbón, estático, dentro del ómnibus ahora, y Lennox percibió que había sido puesto en marcha el sistema de altoparlante. Levantó la cabeza, y la voz sin relieve y sin tono del conductor se filtraba de un parlante que estaba sobre su cabeza en el techo. «Hay un oasis al borde del camino dentro de unos kilómetros, y como es más de mediodía, pararemos para almorzar. Tienen hamburguesas, sándwiches surtidos, cerveza y gaseosas a precios razonables...».

Lennox se dobló hacia adelante de nuevo, oprimiendo su cabeza sobre el respaldo del asiento delantero, apretando las manos bajo las costillas. Violenta, abruptamente, el dolor había vuelto.

## DOS

En una ciudad a sesenta millas al norte, dentro de un restaurante con aire acondicionado, céntrico, un hombre bajito y gordito estaba sentado en un aparato, en un rincón, y frotaba sus dedos mochos sobre su barriga redonda, con su cara de querubín deformada por una mueca momentánea.

La camarera pelirroja que lo atendía dijo: «¿Le sucede algo, señor?».

El gordito, cuyo nombre era Harry Vollyer, suspiró audiblemente.

—Tengo una úlcera benigna —dijo—. Me fastidia de vez en cuando.

—Siento saberlo.

—Bueno, es parte del juego.

—¿El juego?

—La vida —le dijo Vollyer—. El mayor juego de todos.

—Así es —dijo la camarera—. ¿Querría ordenar ahora?

—Un sándwich tostado de queso y un vaso de leche: de leche fría.

—Sí, señor. ¿Y su amigo?

—Para él un sándwich de lomo, sin papas fritas, y café negro.

La camarera se alejó, y Vollyer eructó delicadamente, aunque con acidez, y suspiró de nuevo. Llevaba un traje de medida, azul pólvora, y una camisa hecha a mano, de seda color jugo de pomelo recién exprimido; tenía una corbata de Bronzini, azul oscura con rombitos blancos, sujeta a su camisa con un broche de oro blanco; sus zapatos eran tam-

bién de medida, de cuero importado de España, lustrados con gran brillo. En los meñiques de cada mano llevaba gruesos anillos de oro blanco, labrados en platino y ónix en sencillos dibujos geométricos. Tenía ojos grandes, de un azul brillante, que le daba la apariencia de estar en perpetuo estado de incredulidad y cabello plateado cortado y modelado inmaculadamente de acuerdo con la redondez de su cráneo. La curva de sus labios era benigna y alegre, y por las débiles arrugas de sus comisuras se podía adivinar que se reía a menudo, que era un hombre complaciente y feliz.

Hubo un movimiento a través del salón y Vollyer vio que Di Parma finalmente regresaba de la cabina telefónica. Sonrió paternalmente. Se había sentido paternal hacia Di Parma desde el momento en que lo conoció, sin saber exactamente el porqué. Livio tenía treinta y seis años sólo quince menos que Vollyer, pero daba la impresión de no ser sino un jovencito, necesitado de constante guía y dirección. No se trataba de que sus actos, sus pensamientos, fueran juveniles: se trataba de que tenía aquella expresión habitual de estar perdido, de encontrarse a punto de romper a llorar, que entraba en uno y le tironeaba el corazón. A Vollyer le gustaba Di Parma. Hacía sólo ocho meses, hasta la fecha, que trabajaba con él, pero le gustaba mucho más que cualquiera de los otros con quienes había trabajado a lo largo de años; esperaba que pudieran seguir juntos por un tiempo, que no surgiera algo que hiciese necesaria su separación. Había muchas cosas que debía enseñar a Di Parma, y Livio era un discípulo de buena voluntad. A uno se le producía una sensación de bienestar, de plenitud, cuando se contaba para el trabajo con alguien así, alguien que no pretendiera saberlo toda por el hecho de haber actuado en algunas otras cadenas por un tiempo; alguien que supiera recibir órdenes sin contestar y sin petulancia.

Di Parma se deslizó sobre el asiento del compartimiento, pon un ceño que le tironeaba las comisuras de los la-

bios y le arrugaba la superficie, levemente pecosa, de su frente. Era un hombre muy alto, de pelo rapado y patillas semilargas, vestido con un traje gris torcaza que se las arreglaba para parecer arrugado todo el tiempo, a pesar de haber costado tanto como el azul pólvora de Vollyer. La camisa y la corbata eran a rayas, de color armonioso, pero no llevaba ningún broche o alfiler, ni pieza alguna de joyería; les tenía una intensa aversión personal y se negaba a usarlas, aun un anillo de matrimonio, hecho este que no dejaba de asombrar a Vollyer. Tenía una nariz fina, aguileña, que daba la ilusión de encorvarse como un anzuelo de pesca invertido cuando se la miraba de frente, y ojos castaños, líquidos, que aparentaban el desconcierto que tanto emocionaba a Vollyer. Sus manos eran mayores que lo normal, espatuladas, y las escondía bajo la mesa porque tenía, una sensación inveterada de que todos, inclusive Vollyer, las mirarían con asombro si estuvieran a la vista, aunque Harry le había dicho repetidas veces que sus manos no estaban ni cerca de ser tan conspicuas como él lo imaginaba.

Vollyer sonrió paternalmente y dijo:

—¿Conseguiste comunicarte con Jean como querías?

—No —dijo Di Parma frunciendo el entrecejo—, no, no estaba en casa. Llamé dos veces más pero no contestaba.

—A lo mejor salió de compras.

—Hace sus compras los martes y los viernes —dijo Di Parma— y hoy es lunes, Harry.

—Fue al cine, entonces, o a caminar.

—A Jean no le gusta el cine, y le han estado molestando los arcos de los pies. Ha ido a una pedicura ya tres veces, este mes. —Se mordisqueaba el labio inferior—. Demonios, no sé qué pensar.

—Livio, Livio, hablaste con ella esta mañana mismo. Y estaba muy bien, ¿no es cierto?

—Claro, claro, estaba muy bien.

—Entonces sigue muy bien ahora —dijo, razonablemente, Vollyer—. Hace sólo cuatro horas.

—Pero no está en casa y siempre lo está a esta hora.

—¿Estás seguro de que no te haya dicho nada esta mañana a propósito de alguna salida? ¿O anoche? Piénsalo, Livio.

Di Parma lo pensó, y entonces parpadeó y dijo:

—Una de las vecinas la invitó a ir a algo así como un almuerzo. Como estamos cerca, y todo...

Vollyer asintió con tolerancia: —¿Ves? Nada para preocuparse.

Di Parma se avergonzó: —Al infierno, Harry, yo...

—Ni pienses más —dijo Vollyer haciendo un gesto como de despedida—, estás demasiado tenso todo el tiempo. Relájate un poco.

—Bueno —dijo Di Parma carraspeando—. ¿Ya hiciste el pedido? Tengo más hambre que lo que creía.

—Ya me ocupé de todo.

—¿Sándwich de lomo sin papas fritas?

—Como siempre.

Vollyer se recostó cómodamente sobre el fresco cuero del asiento, cruzando sus manos sobre la barriga. Este Livio. Con treinta y seis años, casado ya desde hacía cinco meses, y andaba como un chiquilín al tercer día de su luna de miel, llamando a Jean dos o tres veces cada veinticuatro horas no bien se encontraban fuera de la ciudad, preocupándose por ella, hablando de ella sin cesar. No había nada de malo en el amor —suponía Vollyer, aunque nunca lo había experimentado y no se sentía mayormente frustrado porque hubiera sido así—, no había nada de malo en el amor pero había límites, y no podía comprender que un hombre grande pudiera tener semejante pasión por una mujer. Las mujeres cumplían una finalidad. Vollyer nunca había sido de los que rebajan a las mujeres, pero había que tratarlas como a simples iguales, o inferiores, si lo merecían; no se las debía poner sobre pedestales como diosas romanas p algo así. Aunque no podía comprender la preocupación constante de Di Parma por su mujer, la disculpaba, se